

María Victoria Reyzábal

M^a VICTORIA REYZÁBAL nació en Madrid y vivió veinte años en la República Argentina, donde escribió sus primeros versos. En la actualidad tiene editadas las siguientes obras de poesía: *Me miré y fue el océano* (1987), *Equilibrio de arenas y de viento* (1988), *Ficciones y leyendas* (1989), *Hasta agotar el éxtasis* (1990), *Oficio de profecías* (1991), *Instantes de él y ella* (1994), *Los milagros* (1994), *Cosmos* (1999), *Instancia en la locura* (1999), *Ora pro nobis* (2001), *Ser en paradojas* (2001); y los libros de relatos: *Cuentos para ver, oler, oír, tocar y gustar el mundo* (1989), *Cualquier yo es un otro* (1991), *Acerca de amores mortalmente inacabados* (en prensa). Y la novela corta: *Emigrantes* (2001). En el ámbito de los ensayos, fundamentalmente dirigidos al campo de la didáctica, ha publicado alrededor de 20 obras.



VIII

los estruendos antimusicales
de las discotecas
el anacoreta borracho
intentando hacer camaradas
el fortachón guerrero invicto
porque siempre ha luchado
contra niños o mujeres
el eremita capado
que se excita ante los cuadros
de las vírgenes católicas
dando de mamar al niño
éste es el mundo
desierto árido
mohoso desierto
desierto por fuera
por dentro médano
selva oscura que deslumbra
a los más
y destroza a todos
gran construcción humana
demencia
teatro dentro del teatro
manicomio sobre manicomios
edén al revés
progreso hacia atrás
posible casi paraíso
si el amor llegara al ozono
a las ballenas
a los osos
a los niños de áfrica y américa
a los ancianos de europa
a las mujeres de asia
a los magníficos bosques amazónicos
a los ríos mágicos
a la verdad no revelada
intuida
entrehallada
quizá
tal vez
incipientemente lúcida
saliva sanadora de
gente buena
los imprescindibles justos
de siempre
señora del socorro

(de *Ora pro nobis*)

todo sucede
como si el mundo fuera una máquina de horrores
fervor de lo perverso
el hombre no existe
sólo su fantasma
su crimen
sus miedos
no hay individuos
sino multiplicaciones de carnes
el poder se dice tiranía
e inagotable suma de víctimas
el rico es un saqueador
que conquista y viola
devora lo que otros han creado
impone su ley de cojones satisfechos
no hay ética
pero hay lógica
la que hace del tormento la hazaña
a mí hasta se me muere el lenguaje
de tanta imaginación requerida para el duelo

(de *Equilibrio de arenas y de viento*)

nos vamos a confirmar ahora
nuestras sospechas
que yo sé lo que me digo
pero tú mandas
no definamos el poder
unas veces la fuerza del fuerte
otras la suma de la debilidad de muchos
pero yo juego contigo
aun al precio de mi vida
de mi dignidad
incluso por el ano
te condeno al extrañamiento
al fracaso
a la resignación
a la servidumbre del sistema
tú y tu hormiguero
yo y mi unicidad
aun ante el fusilamiento
la censura
la excomunión
la hoguera
la silla eléctrica
nunca te revelaré quién soy

(de *Instancia en la locura*)

Un escritor esencial dentro de cierta literatura de la conciencia individual y colectiva en la línea que estamos planteando sería, por ejemplo, el madrileño Leopoldo María Panero, autor de composiciones político-psiquiátricas, caracterizado como radical de izquierdas, practicante de drogas y visitante asiduo de manicomios, donde para “curarte se empeñan en quitarte las fantasías”. Tiene una extensa producción de textos poéticos, por lo general, autobiográficos. La autodestrucción y la disgregación de la identidad aparecen como recurrencia temática en sus escritos; todo su decir es un síntoma claro de la demencia con que los seres lúcidos suelen enfrentarse al abismo. Él mismo sostiene que después de Pound y de Joyce ya está todo dicho en la literatura y que sólo queda un libro por recrear: el *Apocalipsis*. Nada equilibrado, maldito, cuestionador y, por momentos, asustado reúne parte de su producción lírica en *Poesías completas, 1970-2000* (Visor), si bien con posterioridad han aparecido otros libros.

Otra escritora de valor poético excepcional es la argentina Alejandra Pizarnik, surrealista y preciosista al describir los meandros del sufrimiento. Suicida y devota de la vida. La agudeza de su mirada sobre el mundo y su gente, la profundidad de las heridas propias y ajenas la convierten en un registro, una voz que dice angustia, dolor que sólo calló con su autoprovocada muerte. Ni en el caso de Panero ni en el de Pizarnik, el amor ha sido capaz de rescatar de las aguas turbulentas, tampoco la infancia como retorno al Paraíso sirvió para abrir sendas plácidas en la vida adulta. Aquél y ésta, cada uno a su manera, han demostrado lo imposible que resulta la felicidad y el sosiego en un mundo donde el hombre continúa siendo el lobo de sus hermanos y, por supuesto, no únicamente en lo económico.